

La oración de petición en Jesús

XABIER PIKAZA

Queremos ofrecer, de manera esquemática, tres aspectos clave de la oración de petición desde la perspectiva del evangelio. Estudiamos el tema en línea más teológica que histórica, buscando de esa forma la experiencia de la iglesia primitiva, tal como ella ha interpretado y transmitido la experiencia fundante de Jesús en los sinópticos (particularmente Mc y Mt).

Para centrar mejor el tema hemos querido escoger tres pasajes significativos, que condensan de algún modo los diversos elementos de la oración de petición en los evangelios. El primero (Mc 1,9-11) trata de *la vocación de Jesús* y con su ayuda mostraremos el principio dialógico de toda petición cristiana (antes de que el hombre pida, Dios ofrece al hombre su asistencia). Después estudiamos *la oración de Getsemaní* (Mc 14,32-42), llegando por ella hasta el núcleo y meta de la vida de Jesús hecha petición abierta ante Dios Padre. Finalmente, a modo de síntesis, tratamos de *las peticiones del Padrenuestro* (Mt 6,9-13) que la tradición de la iglesia ha interpretado como principio y compendio de toda oración de petición.

1. VOCACIÓN Y PETICIONES. BAUTISMO DE JESÚS (Mc 9-11)¹.

Conforme a la visión de Mc, Jesús nace a la vida mesiánica en el momento de su vocación. No importa su patria, ni el nombre de sus genitores, ni su ocupación antecedente. El verdadero nacimiento de Jesús se identifica con llamada de Dios que le ofrece un nombre, un lugar y una tarea sobre el mundo. De ese origen de Jesús se ocupan las primeras escenas de Mc, centradas en torno a su bautismo, interpretado a modo de experiencia orante. Para entenderlo mejor lo situamos dentro de su contexto.

1. Antecedentes de Jesús: profecía, Juan Bautista (1,1-8) .

Mc no ha querido presentar los orígenes humanos de Jesús, ni el sentido o momentos de su infancia (en contra de Mt 1-2 y Lc 1-2). Tampoco se ha ocupado de su origen "divino" (en contra de Jn 1). No lo hace por fallo o ignorancia, como si no hubiera conocido todavía las tradiciones sobre la concepción virginal o preexistencia de Jesús, sino porque ha querido iniciar su evangelio con la oración vocacional de Jesús, porque a su juicio ha sido allí donde se ha expresado y definido su vida mesiánica.

¹ Comentarios básicos: E.P.Gould, *Mark*, CEC, Edinburg 1969, 1-17; J.Gnilka, *Marcos I*, Sígueme, Salamanca 1986, 45-82; J. Mateos y F. Camacho, *Marcos I*, El Almendro, Córdoba 1993, 49-117; R. Pesch, *Marco I*, Paideia, Brescia 1980, 135-190.

Trabajos específicos: J. D.G. Dunn, *Jesús y el Espíritu*, Sec. Trinitario, 1981, 33-80; Id. *Baptism in the Holy Spirit*, SBT 15, SCM, London 1970, 8-37; A. Feuillet, *Le Baptême de Jésus*, RB 71 (1964) 321-352; G.W.H. Lampe, *The Seal of the Spirit*, SPCK, London 1967, 19-45; .F. Lentzen-Deiss, *Die Taufe Jesu nach den Synoptikern*, F.Th.S., Frankfurt 1970; X. Pikaza, *El Espíritu Santo y Jesús*, en Id., *Dios como Espíritu y persona*, Sec. Trinitario, Salamanca 1989, 189-270; J.Riquelme, *Significación del Bautismo de Jesús*, Teol Vida 15 (1974) 115-139.

Esa oración vocacional no brota, sin embargo, de la nada, como si Jesús no tuviera antecedentes, sino todo lo contrario: Mc ha querido indicar con precisión los momentos principales del origen mesiánico de Jesús, tal como aparecen expresados por la profecía israelita y por la obra y figura del Bautista:

- *Por eso empieza por la profecía (1,2-3), es decir, el camino de esperanza israelita donde se vinculan Dios y el hombre. Conforme a la palabra de esa profecía, Dios mismo ha de enviar a su mensajero, para que prepare el camino del mesías (a quien luego se le llama Kyrios o Señor divino). Ese mensajero es voz que clama en el desierto, pidiendo a los hombres que preparen la venida del mesías (conforme a las palabras de Is 40,3). Aquí se inicia y arraiga la oración de petición: el mismo Dios nos pide, a través de su profeta, que vayamos preparando el camino mesiánico.*

- *Esa profecía se encarna en Juan, cuando bautiza en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados (1,4-6). Este Juan ha escuchado la vieja petición de la profecía; por eso ha respondido anunciando con su voz y con su gesto la llegada del Señor. La petición de Dios se cumple en su persona; por eso, él se encuentra en el origen de Jesús.*

Juan sigue pidiendo a los hombres en nombre de Dios, diciéndoles que se conviertan y bauticen. Es un profeta de penitencia y convoca a la gente en el desierto, para que confiese su pecado y se bauticen en el agua del Jordán, en gesto de purificación y muerte. Como nuevo Elías, vestido de pelo de camello (cf. 1,6), alimentado de langostas, él preside la nueva agrupación de liberados, fugitivos de la tierra, lejos de Jerusalén y las ciudades habitadas.

Pero Juan no encierra a sus discípulos dentro de los muros de la conversión, ni les deja para siempre en el agua del deseo de purificación en el desierto. Como verdadero profeta, el Bautista abre

un camino que le sobrepasa: anuncia y prepara un futuro de Dios para las gentes que le buscan. Él no quiere (no puede) convocar una familia de personas liberadas, no ofrece salvación (humanidad mesiánica), pero la prepara. Sabe que viene uno más grande, aquél a quien no puede ni siquiera servir como criado (desatándole la correa de las sandalias). Así lo anuncia, así lo pide, diciendo ante el pueblo:

- *Viene uno Más Fuerte (iskhyroteros)*, alguien que puede realizar la obra de Dios sobre la tierra (1,7), superando el poderío de Satán (cf. Mc 3,22-30).

- *Viene el que Bautiza con Espíritu Santo* (1,8). Frente al agua que es sólo para preparar y purificar, se elevará el Espíritu del mesías, que es principio y fuente de oración mesiánica.

2. *Nacimiento mesiánico: ¡Tú eres mi Hijo!* (1,9-11).

Sobre el desierto de la conversión humana, ha anunciado el profeta la llegada del más fuerte que bautiza a los hombres con Espíritu de Dios. Sobre ese fondo ha de entenderse el pasaje del *Bautismo de Jesús* (1,9-11), interpretado como momento en que se arraiga y recibe su sentido toda la oración cristiana. Jesús sale del agua, superando así el nivel de la penitencia y legalismo en que se mueve el judaísmo. Entonces siente, ve y escucha algo distinto, en oración fundante:

- *Se abre el cielo*. Hasta ahora cielo y tierra se encontraban separados: Dios arriba, incognoscible; los humanos, perdidos en la tierra. Pues bien, ahora se vinculan en la única plegaria del mesías.

- *Sobre Jesús descende el Espíritu, como una paloma...* Sobre él viene y se posa el poder divino, el misterio de amor y de oración que todo lo transforma.

- *Se escucha en fin la voz que dice: ¡Tú eres mi Hijo querido, en ti me he complacido!* En el principio de la oración mesiánica está la gracia y creación de Dios que dice *¡Hijo!* (1,10-11).

La palabra original de la plegaria no es palabra de hombre que se siente perdido, vacío, en peligro y que pide diciendo: ¡Padre, ven, enriquece mi penuria! Antes de toda voz humana, en el principio del que brota la oración hallamos la palabra superior de Dios que dice ¡Hijo!, reconociendo con su gracia a los humanos (representados por Jesús). El texto de Gn 1 aseguraba que Dios iba mirando el resultado de sus obras y gozaba al descubrir que eras buenas. Ahora, llegando ya la meta de la creación, el mismo Dios dirige su mirada hacia Jesús y le reconoce (constituye) como *Hijo*, diciéndole del modo personal más hondo ¡mi querido! Precisemos, uno a uno, los rasgos de esta *oración admirada y confesante del Dios que habla a su mestás*:

- *Tú eres*. La primera palabra del Cielo que se abre (=Dios) no es *Yo soy*, en clave de autodefinición, como aparece en Ex 3,14, donde Dios se presenta como *Yavhé (=Soy el que Soy)*. Este Dios de Jesús empieza su oración diciéndole *Tú eres*, haciéndole persona en diálogo amoroso.

- *Mi Hijo*. El tú de Dios que es Jesús brota del amor del Padre que le constituye diciéndole *Mi Hijo*. Al fondo de ese término podemos escuchar el mensaje profético más hondo de Is 41,8 y 42,1, donde el mismo Dios llama a su profeta (diciéndole: *Tú eres mi Siervo*) y el testimonio del Sal 2,7, donde dice a su rey mesiánico: *Tú eres mi Hijo (Hyios)*. Este es el principio del evangelio, es la raíz de todo lo que existe, tal como después lo ha precisado la tradición cristiana: en el origen y principio de Dios escuchamos la voz del Padre que llama a su Hijo, en oración de investidura, en palabra de afirmación mesiánica.

- *El Querido (ho Agapêtos)*. No es un hijo cualquiera, es *El Querido*, en terminología que ha sido de algún modo preparada en la experiencia israelita (cf. Ex 4,22-23; Gn 22,2.12; Is 42,1 etc.). Esa palabra de amor que Dios dirige a Jesús, al llamarle su Querido, configura el evangelio, llevándonos de forma velada pero intensa hasta el interior del misterio (del Cielo), escuchando al Dios que se expresa y dice su verdad, declarando el amor que

tiene por su Hijo. Todo lo que Mc vaya diciendo después sobre el sentido de la oración debe entenderse como una consecuencia de esta oración del Padre que dice a Jesús *¡Yo te quiero!*.

- *En ti me he complacido*. Volvemos a estar cerca del mensaje de Isaías (cf. Is 41,8 y 42,1), pero en sentido más extenso, podemos evocar también la teología de la alianza en la que Dios, en gesto de fuerte intimidad, se muestra como esposo amante (cf. Os 2,21; Is 62,5; Ct 2,10). Pues bien, ese Dios esposo viene a mostrarse aquí como Padre que engendra y llama a su Hijo en quien se goza, expresando su placer personal de la manera más intensa. Esta es la oración de Dios, esta la primera palabra que Jesús ha escuchado, conforme a Mc 1,10-11: Dios le dice que le ama, en palabra que precede a toda posible oración de petición. Sólo porque el amor está primero, Jesús puede responder y responde pidiendo a Dios su ayuda.

Estas palabras de Dios son evangelio. Ellas transmiten y fundan la buena nueva del amor del Padre que habla a su Hijo y le expresa su amor, en gesto de gozo complacido. En el lugar donde Gn 1 situaba la *creación*, allí donde Ex 3,14 colocaba la automanifestación de Dios como *Yahvé (El que Es)*, allí donde Jn 1,1 aludía a su *Palabra eterna*, ha situado nuestro texto esta llamada personal de Dios que rasga el cielo y, como Padre original, *habla a Jesús* y le constituye diciendo *¡eres mi Hijo!* Dios mismo se dice a través de ella, abriendo así un espacio de dualidad (suscita un *¡tú!*) en clave de amor (dice *¡querido!*) y gozo intenso (*¡en ti me he complacido!*). Este es un Dios que sabe dar vida y gozar, diciendo que se goza, haciéndonos felices al saber que él es feliz y que lo dice en oración de reconocimiento y gozo fuerte.

En el principio de las cosas no se encuentra la guerra de los dioses ni la envidia o miedo de los hombres, sino la palabra fecunda del Dios Padre que sabe crear y gozarse en lo creado. De ese amor gozoso de Dios hemos nacido. En amor y gozo podemos realizarnos, superando

así el nivel de penitencia (conversión) en que vivía Juan Bautista, obsesionado por los ritos de purificación del judaísmo. Por eso, la oración primera no es la confesión de los pecados, ni la petición suplicante, sino la escucha agradecida del que oye a Dios decir: *¡Tú eres mi Hijo!*

3. Espíritu de Dios y petición. El desierto (1,10.12-13).

Pero el texto añade que Jesús ha orado con todos sus sentidos (con los ojos y el oído). Así lo dice en palabra de fuerte implicación existencial que nos permite vislumbrar el misterio del Espíritu, entendido como espacio y fuente de toda la oración cristiana:

*Vio los cielos abiertos
y el Espíritu como paloma descendiendo sobre él (1,10).*

Visión implica inmediatez, cercanía fuerte: se abre el cielo, el mismo Dios se hace presente, ofreciéndonos su casa (uniendo tierra y cielo). Viene el Espíritu de Dios sobre el orante, en gesto de paloma delicada, maternal, cercana. El poder de Jesús no viene a reflejarse ya por las grandes bestias de Dn 7 (oso, león o leopardo), que dominan el mundo a golpe de violencia, sino por la paloma frágil, el más pequeño, pobre e indefenso de los animales que los judíos podían ofrecer en sacrificio (cf. Lev 5,7; 14,22; 15,14; Núm 6,10).

Jesús *lo ha visto*, en experiencia radical de vocación, de nuevo nacimiento. A Mc no le importa aquello que previamente era, lo que había comprendido en sus años anteriores, en Nazaret de Galilea, de donde provenía (cf. 1,9). El verdadero Jesús mesiánico ha nacido en esta oración bautismal, escuchando la palabra del Padre que le constituye y descubriendo (viendo, palpando) su presencia, en los cielos abiertos y en el signo del Espíritu (paloma) que desciende sobre él, como madre que le engendra para hacerle fuerte.

Lo había prometido ya la profecía: *Mirad a mi Siervo (=Hijo) a quien sostengo, a mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi Espíritu, para que traiga el derecho (mispat: salvación) a los gentiles* (Is 42,1). Jesús debe asumirlo y realizarlo, en gesto que traduce aquello que se encuentra implícito en el poder (petición) del Espíritu Santo. Antes no pedía nada, decía solamente *¡Eres mi Hijo!*. Pero ahora, dándole su Espíritu, *Dios mismo está pidiendo a Jesús, diciéndole que realice su obra salvadora*. Antes que ser propia de los hombres, la oración es así propia del mismo Dios que llama y nos enriquece con su Espíritu.

Jesús no es Hijo para encerrarse en oración contemplativa, o para retirarse de los otros y vivir en aislamiento, sino todo lo contrario, *la filiación en medio de la prueba*. Así lo expresa el texto al indicar que el mismo Espíritu le "arrojó" al desierto, para iniciar por él la creación de la nueva familia de Dios sobre la tierra (1,12-13). Ese desierto es el lugar en que Jesús explicita y descubre el sentido de la oración (lo que Dios le ha dicho y lo que el Espíritu le pide), en gesto en que se pueden destacar estos momentos:

- *Este desierto es muerte y nacimiento*. La voz del Padre, actuando por su Espíritu, ha arrancado a Jesús de la violencia del mundo y de la pura penitencia de los justos (representados por el Bautista), que sólo pueden arrepentirse, pero no cambiar de vida. Sólo el Padre Dios, llamándose *¡mi Hijo!*, ha conducido a Jesús hasta el desierto del nuevo nacimiento.
- *Este desierto es tentación*. El texto afirma sólo que Jesús era probado por *Satán*, el Tentador hecho persona. Uno frente a otro, se sitúan los poderes de la historia, que el resto del evangelio (especialmente Mc 3,20-35) irá desarrollando: *Jesús* como principio de familia liberada, que habita en el amor de Dios, y *Satanás*, que es signo y fuente de maldad, es destrucción, violencia y muerte sobre el mundo.

- *Estaba entre las fieras.* Vuelve Jesús como Adán (cf. Gn 2) al paraíso donde están los animales, para iniciar desde allí el verdadero camino de lo humano (Gn 2-3). Es evidente que no se ha quedado en lo animal, no es un mesías ecológico al que bastan los vivientes inferiores de la estepa, pero desde allí debe iniciar su andadura, en solidaridad con todos los vivientes.

- *Y los ángeles le servían.* Sobre el mundo animal, frente a la tentación que es Satán, se eleva el orden y belleza de lo angélico, entendido como lugar de transparencia y signo de comunicación hecha servicio mutuo. En ese nivel se sitúa Jesús. Mensaje hecho servicio, esa es para él la manifestación más honda de Dios. Así lo ha descubierto por la fuerza del Espíritu en el desierto de su nuevo nacimiento.

4. Mensaje en Galilea. Petición dialogal (1,14-15).

Ha superado la prueba, ha descubierto su verdad de hijo de Dios y, viniendo del desierto, como nuevo Adán, puede empezar su misión de crear la verdadera familia de Dios en el lugar donde habitan los hombres y mujeres de su pueblo, en Galilea. Allí ofrece su anuncio, en gesto de proclamación y petición, de kerigma y exigencia: *Se ha cumplido el tiempo, ha llegado el reino de Dios, convertíos y creed en el evangelio* (1,15).

- *El tiempo se ha cumplido, llega el Reino de Dios.* Este es el kerigma, la certeza de que el Reino de Dios se identifica con el surgimiento y despliegue universal de la filiación de Jesús: que todos podamos escuchar la palabra de Dios *¡tú eres mi hijo!*

- *Convertíos y creed en el evangelio.* Esta es la exigencia, lo que Dios mismo nos pide por medio de Jesús: es necesaria una profunda metanoia, un cambio de mente y de conducta. Dios nos ofrece un extenso y gozoso continente de vida hecha señal de gratuidad, hecha evangelio; pero el mismo Dios nos pide conversión. Antes que nosotros pidamos su ayuda, él mismo nos pide una respuesta.

Juan era la línea divisoria, la culminación y cumplimiento de la profecía. Hasta aquí llegaba Israel, expresando su verdad, en clave de confesión de los pecados y de agua purificadora. Pero ha llegado Jesús y en él se expresa la verdad del Dios que le ha dicho *¡eres mi Hijo!* y confiándole (pidiéndole que realice la tarea de crear la nueva familia de Dios sobre la tierra). Significativamente, *Jesús no había pedido ningún bien concreto de la tierra*. No aparece en el texto como un suplicante que implora de Dios agua para el campo, hijos para la familia, fortuna para la casa, vida para los enfermos... No pide Jesús una cosa concreta, pero viene en busca de Dios, con los penitentes del Bautista, haciendo suya la *oración de petición* de la historia israelita: quiere que Dios se manifieste y que realice el cambio de los tiempos, conforme a las visiones y palabras del Bautista. Desde ese fondo podemos ya relacionar las dos peticiones:

- *Jesús ha pedido a Dios que se manifieste como salvador, cumpliendo así las esperanzas de la profecía*. Sin esta petición de Jesús, que se vincula en oración a todos los orantes de los salmos, no se puede entender el evangelio. Jesús ha comenzado pidiendo a Dios que venga, que salve a los hombres.

- *Dios no empieza pidiendo algo a Jesús, sino diciéndole su amor (¡Eres mi Hijo!).* No le dice que se convierta, no le impone una ley (*¡cumple! ¡tú debes!*), no le amenaza con ningún tipo de rigor ni de castigo. Pero después (al mismo tiempo), desde el fondo de ese amor y ofreciéndole su Espíritu, Dios pide a Jesús que realice la obra mesiánica, que se entregue por el reino.

En este *cruce de peticiones*, allí donde Jesús pide a Dios que salve a los humanos y allí donde Dios Padre le responde diciéndole *¡mi Hijo!* y pidiéndole que viva y se entregue en favor de ellos, surge y despliega su sentido el evangelio. Petición de Dios y petición de Jesús, mesías de los hombres, se implican mutuamente.

2. ÚLTIMA PETICIÓN. GETSEMANÍ (Mc 14,32-42)².

La historia de la oración había comenzado en el Jordán, cuando Dios Padre se mostraba a Jesús y le pedía que recorriera el camino mesiánico. Pues bien, ha culminado aquel camino y Jesús se encuentra solo, en la noche de la prueba, buscando la cercanía de Dios y pidiéndole su ayuda, acompañado por tres compañeros a quienes suplica que le asistan en la prueba.

- *Ha dejado a un lado al conjunto de los discípulos, diciendo: ¡Sentaos aquí mientras oro! (14,32).* Ha buscado intimidad, no puede estar con todos. No quiere que su petición se diluya en un conjunto impersonal de curiosos o ajenos. Por eso pide a los nueve que se sienten (¡no que duerman!), que descansen, mientras saben que él penetra en oración con sus compañeros preferidos.

- *Jesús toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, para orar ante ellos y con ellos, como había hecho en el Tabor (cf. 9,2).* Por eso, les revela sin miedo ni falso pudor su flaqueza (*comenzó a aterrorizarse y angustiarse*) y les abre su más hondo secreto (*¡está triste mi alma, en tristeza de muerte!*), pidiendo que le ayuden: *¡permaneced aquí y orad! (14, 33-34).*

- *Finalmente, Jesús se sitúa ante Dios, cayendo en tierra y rogando que, si es posible, se aparte de él esta hora,* en palabra fuerte de intimidad y entrega que marca el comienzo (14,35) y final de su oración (15,41).

² Además de comentarios a Mc, citados en nota anterior, para lo relativo a la oración de Jesús, con referencia especial a la escena de Getsemaní cf: J.Jeremias, *Abba. El mensaje central del NT*, Sígueme, Salamanca 1981, 117-90; W. Marchel, *Abba, Père!*, AnBib 19a, PIB, Roma 1971, 100-123; X. Pikaza, *Para vivir el evangelio. Lectura de Marcos*, EVD, Estella 1995, 198-199; J.Schlosser, *El Dios de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1995, 134-144; W.H. Kelber, *Mark 14,32-42*, ZNW 63 (1972) 166-187.

En el tiempo de la angustia y decisión Jesús invoca a Dios y pide compañía humana. Desde aquí se entiende su doble petición, una dirigida a Dios, otra a los hombres.

1. Petición a Dios: ¡Padre, aparta de mí este cáliz! (14,36).

Jesús se ha inclinado hasta la tierra, como un Adán que vuelve al lugar de su origen (del polvo ha brotado), reconociendo de esa forma su pequeñez, la angustia por su muerte cercana. No se esconde, no se ilusiona, no se evade. Su oración es ante todo reconocimiento: dice su vida, se descubre angustiado y lo dice ante Dios. Esta es la más honda, ésta es en el fondo la única de sus peticiones.

La existencia del hombre suele estar hecha de engaños. En mentira quedan los nueve discípulos sentados al borde del huerto, en mentira permanecen los tres íntimos: no quieren reconocer lo que ha sido el camino que han hecho con Jesús, pasan por la tierra como en sueño. Jesús, en cambio, conoce a Dios y se reconoce a sí mismo, inmerso en el miedo, angustiado. Así ora, diciéndose a sí mismo al dirigirse al mismo Dios que aquel día le llamó su Hijo:

*¡Abba, Padre! Tú lo puedes todo.
Aparta de mí este cáliz (14,36).*

A Jesús le cuesta y duele su vida. Ha concluido el camino y ahora, al llegar al final se siente incapaz de resistir y quisiera volverse atrás ante la prueba del dolor que le cerca para consumarle (consumirle). No desea engañarse, no busca compensaciones, no se miente. Se sabe miedoso y lo dice ante Dios. Esta es su oración de petición.

La vida se le ha vuelto cáliz, en el sentido radical de esa palabra que recoge y culmina de algún modo todo el evangelio. Los hilos de la trama de la entrega de Jesús se han ido condensando. Es como si todos los restantes motivos desaparecieran y ahora, al final, se centraran en un *cáliz (potêrion)*:

- *El cáliz o potêrion simboliza la comida-bebida en que Jesús ha expresado su evangelio* (cf. 10,39). Todo su mensaje se resume en el pan multiplicado y compartido, que él mismo ha ofrecido por dos veces a todos los presentes, en el descampado (cf. 6,30-44; 8,1-10). Pues bien, ahora descubre en propia carne lo que implica hacerse vino (y pan), comida para los humanos. Van a destruirle, tiene miedo.

- *Este potêrion del miedo recoge el sentido de su cena final: acaba de darse a sí mismo hecho cáliz de bebida* (14,23-24). Él mismo ha entregado a sus discípulos su vida (lo que es y lo que tiene) para vincularles en comunidad mesiánica. Evidentemente no se pertenece; no le queda nada de sí, tiene miedo.

- *Quizá en el fondo late el recuerdo del cáliz de veneno, la bebida que sirve para matar o matarse* (como la cicuta de Sócrates). Jesús tiene que beberlo, dejándose destruir por los otros. Ciertamente, tiene miedo.

Mirada desde este final, la tarea de Jesús (cf. Mc 1, 9-11) no ha sido fácil. Dios le ha llamado, él ha respondido. Ahora es él quien llama a Dios, desde la angustia de su vida convertida en *cáliz*, presentando su dolor y pidiéndole su ayuda.

En contra del Sócrates platónico, seguro de sí mismo y de su entrega en favor de la verdad, Jesús se ha desvelado aquí ante Dios y ante los hombres como *suplicante*. No se ha engañado a sí mismo, no miente a los demás. Humildemente, desde el fondo de la angustia, *pide ayuda a su Dios*, en gesto donde se vinculan estos elementos:

- *Jesús pide a Dios porque le reconoce persona y Padre*. Le ha empezado escuchando (*¡eres mi hijo!*: 1,11); ahora puede y quiere responderle, poniéndose en sus manos, confesando su grandeza (*¡tú lo puedes todo!*: 14,36) y pidiéndole su gracia, en gesto de amor que confía, sufre y ayuda.

- *Jesús pide a Dios porque reconoce su grandeza y libertad.* No le impone nada, no le exige un tipo de respuesta. Por eso, su plegaria acaba: *¡pero no se haga lo que quiero, sino lo que tú quieres!* (14,36). Reconocer el *tú de Dios* como *tú de amor*, eso es pedirle, poniéndose en sus manos

- *La oración de Jesús se identifica en el fondo con su vida.* No pide nada, pide por sí mismo. No pide con palabras más o menos mentirosas, sino con su existencia dolorida, convertida de esta forma en deseo dialogado: sufre ante Dios, en Dios confía. Al esclavo se le manda, al superior se le suplica; sólo al amigo verdadero se le dice la verdad y se le pide con confianza.

En el huerto de la angustia, en la noche de la decisión final, Jesús ha vuelto a ponerse en manos del Dios que le ha llamado, como hijo que confía en su padre, recuperando de esa forma el principio de su vocación (seguimos uniendo 14,35-36 con 1,10-11). Sólo ahora, desde el final, podemos afirmar que la llamada de Dios fue verdadera: no fue semilla sembrada en vacío, ni espejismo engañoso, ni camino imposible, sino palabra fundadora de Padre que el Hijo Jesús ha ido escuchando y expresando (desplegando) en toda su existencia.

2. *Petición a los hombres: ¡Permaneced aquí!* (14,34).

Pero Jesús no ha orado sólo a Dios, sino que pide también la ayuda y compañía de los hombres, lo mismo que en la escena de la transfiguración (9,2-8). En ambos casos, Mc dice que tomó (*paralambanei*) a Pedro, Santiago y Juan, para que estuviesen a su lado. En ambos se añade que ellos fueron incapaces de responderle y mantenerse a su lado: desecharon la oración de Jesús, se confundieron, se durmieron, *no sabiendo cómo responder* a su palabra (cf. *oida* y *apokrinomai* de 9,6 y 10,40).

Allí donde Jesús culmina su camino, en gesto despierto de intensa vigilancia (tema repetido en 14,35.37), ellos desoyen su voz y se

duermen: no saben qué decir, prefieren volver a la inconsciencia de una vida dominada por deseos y miedos que parecen vinculados a la naturaleza y también al hecho de que no comprenden el proyecto mesiánico (14,38-41). Jesús queda así humanamente solo; ha pedido ayuda de sus amigos íntimos y no la ha recibido.

- *El texto del Tabor (9,2-8) acentúa la gloria de la entrega de Jesús* más que su palabra de súplica o llamada. Acaba de anunciar su muerte; ha invitado a sus discípulos, diciendo que tome cada uno su propia cruz y que le sigan (8,37-9,1). Lógicamente, quiere mostrarles la gloria que se esconde al fondo de ella: el resplandor de Dios, el cumplimiento de las esperanzas de Moisés y Elías. Pero los discípulos no quieren escuchar de verdad, no quieren caminar con él y prefieren adelantar egoístamente el sueño de la paz (*¡hagamos tres tiendas!*), sin tener que morir o dar la vida con Jesús. La voz de Dios desde la nube les despierta: *¡Este es mi Hijo amado, escuchadle!*

- *En Getsemaní (14,32-42) sobresale el aspecto de entrega.* Jesús necesita de ellos, quiere tenerles a su lado en el momento de la angustia. Por eso *les pide* que permanezcan allí, *vigilantes (grégoreite: 14,35)*, acompañándole en plegaria, y compartiendo así su entrega. Pero ellos no pueden, no quieren, tienen miedo. Es evidente que no están dispuestos a convertir su vida en *potêrion* o cáliz por los otros. Por eso, todos ellos se inmergen en el sueño de su propia inconsciencia ante la *hora* (cf. 14,42). No han aprendido la lección del Tabor, no saben responder a la petición del Hijo querido de Dios, no asumen su camino de entrega.

El mismo Jesús que *ha pedido a Dios* que le libre de la hora, en oración de angustia abierta a la confianza, *pide a sus discípulos* que sepan mantenerse a su vera en el momento del peligro. No es un orgulloso solitario, seguro de sí, no es un resentido que desconfía de los otros, lamentándose luego de su soledad. Es un hombre normal: ha presentado su necesidad a Dios, ha pedido compañía a sus discípulos.

Pedir es aquí *ser verdadero*, tener la confianza de quedarse desnudo ante los otros, en la situación más intensa del llanto y la angustia (*ekthambeisthai kai adêmonein*: 14,33). Pues bien, Jesús ha sabido pedir, se ha expresado en su verdad: no tiene vergüenza de verbalizar su miedo, no tiene miedo de perder su autoridad al presentarse como débil ante sus propios discípulos. Pedir es decir, decirse a sí mismo, y Jesús dice, buscando la ayuda de aquellos a quienes él mismo había dado y seguirá dando su ayuda.

No se pueden separar estos niveles de la oración de petición: uno teológico (ante Dios), otro humano (ante los hombres). Ambos son inseparables, momentos de un mismo camino de comunicación profunda. Jesús ha iniciado y recorrido ese proyecto y camino de reino de una forma acompañada, vinculándose en la súplica a los otros... Dialogando con Dios ha dialogado con sus seguidores, convertidos en amigos, en *experiencia compartida* de amor y de búsqueda.

Jesús ha querido hacer familia (Mc 3,31-35), uniéndose de forma muy intensa un grupo de personas que él mismo ha definido como sus hermanas, hermanos y madre. Lógicamente, cuando llega el momento de la dificultad les pide ayuda. Necesita que le acompañen a compartir el cáliz, a convertir la vida en pan y vino por los otros. Pero ellos no le entienden, no le escuchan. Cada uno va a lo suyo, de tal forma que al llegar a su final le dejan solo, todos se le duermen.

3. Petición escuchada: respuesta de Dios, respuesta de los hombres.

El cáliz de Jesús simboliza su entrega mesiánica (hacerse comida para todos). Hubiera querido beberlo con los suyos en el mundo, en gesto compartido de entrega. Por eso les ha invitado a compartir de su vino (14,24), por eso les ha prometido que un día podrán beberlo juntos en el reino de los cielos (14,25). Más aún, el mismo Jesús ha asegurado ya a los zebedeos que un día tomarán su mismo cáliz, entregando así

su vida por los otros (cf. 10,39). Pero aún no ha llegado ese momento. Jesús pide a sus íntimos que le acompañen y ellos, zebedeos y Pedro, se le duermen, desoyendo su plegaria.

Por eso, en el fondo de esta petición, humanamente no cumplida, Jesús descubre que cáliz implica soledad. Ha logrado reunir unos compañeros, pero en el momento de la prueba duermen. Les ha pedido ayuda desde el hueco de su angustia, pero se la niegan; les ha querido introducir en el misterio de su vigilancia, de su plegaria hecha suprema petición (*¡aparta de mí este cáliz!*) y acogimiento pleno (*¡no se haga mi voluntad sino la tuya!*), pero ellos se mantienen a otro plano y en ese plano se introducen en el sueño, dominados por la *carne*, que aquí aparece como el poder de los poderes de la tierra. Desde ese fondo podemos trazar mejor las consecuencias de esta *oración de petición*, que Mc ha querido presentar como compendio de la vida de Jesús y catequesis para los cristianos.

- *Dios aparece paradójicamente como fiel (Padre)*, en camino que Jesús mismo ha debido descubrir a través de su sufrimiento. El texto no lo dice, pero supone: Dios ha respondido a la petición de su Hijo, manteniéndole firme en el camino de su entrega. A nivel exterior no hay milagro alguno, no hay voz celeste, no hay ángeles custodios, ni prodigios materiales. Desde su propio silencio (acentuado aún más con la llamada de Jesús crucificado: 15,35), Dios va respondiendo en palabra que sólo se entiende y recibe sentido en la pascua (16,1-8).

- *Jesús se mantiene en la prueba*, en gesto de fuerte paradoja. Este es el momento cumbre de su plegaria. Le ha llamado Dios y él sigue su voz, en medio del fracaso, fiel a la voluntad creadora y salvadora de su Padre, deseoso de familia (pidiendo a los suyos compañía), pero sin familia alguna (los suyos se le duermen). Jesús sabe aceptar el fracaso de su soledad. Por sus amigos y familia (cf. 3,31-35) había iniciado su camino; por ellos ha venido recorriendo ese camino hasta el final, en gesto de

fidelidad mesiánica, pero ellos, los destinatarios de su obra, los miembros de su comunidad, parecen despreocupados, se duermen. Pues bien, mientras todos se derrumban, él se mantiene; mientras todos niegan, él afirma. La suya ha sido y sigue siendo una buena oración de petición.

- *Los discípulos no fundan su vida en la oración*: no saben pedir desde su angustia, no consiguen acompañar a Jesús, pues no quieren o no pueden ofrecerle el gesto de su fidelidad humana. Ahora se duermen, luego le abandonan, dejando que él padezca solo, como único culpable de sedición contra la familia judía y romana, y así bebe el cáliz de la entrega por el reino sin ninguna compañía. Ellos pertenecen todavía al plano de este mundo; forman parte de la vieja familia de la tierra hecha poderes egoístas, deseos de seguridad, imposiciones, miedo. A ese nivel continúan: no escuchan la petición de Jesús, no saben mantener su palabra (cf. Mc 14,29-31), vigilar con él y morir juntos, uniendo sus cruces a la cruz del maestro, en Calvario compartido.

En este fondo ha utilizado Mc dos palabras de gran densidad dentro de la iglesia (carne y espíritu). Los *discípulos* se mueven en el mundo de la *carne* (*sarx*): siguen buscando su propia seguridad, no saben entregar la vida, no ofrecen a Jesús verdadera compañía: primero se le duermen (por tres veces), luego le niegan. De la debilidad de esa carne está construido el edificio de este mundo, fundado en cálculos, engaños y violencias. Por eso no escuchan a Jesús.

Jesús se mueve en un nivel distinto, hecho de *Espíritu* (*Pneuma*), como indicamos tratando del bautismo (1.10). Ese Espíritu que falta a los discípulos implica prontitud para entregar la vida, sin defenderse, sin buscar imposiciones, en medio de la angustia, siendo también fuente de vida en compañía, en gesto de plegaria. Más allá de los cálculos que siguen haciendo los discípulos, más allá de los poderes de este mundo de rechazo y de violencia, emerge en oración, desde el fondo del miedo, como don de Dios, la fuerza del Espíritu.

En esta perspectiva podemos y debemos recuperar la experiencia que está al fondo de 13,11: *Cuando os persigan no andéis pensando lo que habéis de responder; no seréis vosotros los que habréis de responder sino el Espíritu Santo*. Este es el Espíritu que Dios ofrece a los que oran como expresión de su amor, regalo de su gracia. Los discípulos no han sabido pedir a Dios, no han confesado su debilidad y sus necesidades; por eso se han dormido, en un nivel de pura carne (de negocios y tareas de la tierra). Por el contrario, Jesús ha pedido, se ha puesto en manos de Dios, desde el fondo de su angustia, se ha mantenido humildemente en sus manos; por eso ha recibido el Espíritu y con su ayuda puede superar la prueba.

No estamos lejos de Lc 11, 13 donde Jesús afirma que podemos (debemos) pedir a Dios su ayuda en todas nuestras necesidades, sabiendo que *Dios responderá siempre con su Espíritu*. A ese nivel se ha mantenido Jesús: ha orado desde el fondo de su soledad y de esa forma se ha mantenido fiel, a pesar del rechazo de sus discípulos. Dios le ha sostenido con su Espíritu, fortaleciéndole en la prueba, haciéndole capaz de dar la vida por el reino (14,38).

Sobre *la carne enferma y débil* de este mundo (los discípulos dormidos, el traidor que va a prenderle: 14,41-42), se eleva *la potencia del Espíritu*, entendido como prontitud, que los cristianos deben acoger y cultivar en gesto vigilante. En la noche de la prueba de la vida son importantes los amigos, pero aún es más necesaria la oración. A Jesús se le durmieron, le negaron los amigos. Pero Dios ha respondido a su plegaria, se ha mantenido a su lado, dándole su espíritu.

Por tres veces se introduce Jesús en la oración, pidiendo cada vez la ayuda de sus compañeros sin hallarla. A la tercera, culminado su gesto de plegaria, fortalecido por Dios, desde el fondo de su debilidad suplicante, puede ya elevarse, diciendo a sus discípulos: *¡Ya basta! Ha llegado la hora y el Hijo del Hombre va a ser entregado...* (14,41). La petición de Jesús ha sido respondida. No se vuelve atrás, no se

duerme, no escapa ni opone resistencia: va a quedarse en manos de aquellos que vienen a prenderle.

3. REINO Y PAN. LA PETICIÓN DEL PADRENUESTRO (Mc 6, 9-13)³.

De la oración personal de Jesús, vista en clave de Mc, pasamos a la oración de tipo más amplio, válida para todos los hombres, que Jesús ha legado a su iglesia. Estudiamos la versión de Mateo, destacando de

³ *Comentarios a Mt*: P. Bonnard, *El Evangelio según san Mateo*, Cristiandad, Madrid 1976; I. Gomá, *El Evangelio según san Mateo I*, Marova, Madrid 1980, 322-371; M. J. Lagrange, *Matthieu*, EB, Gabalda, Paris 1948, 126-131; O. da Spinetoli, *Matteo*, Citadella, Assisi 1971, 157-178; U. Luz, *Mateo I*, Sígueme, Salamanca 1993, 465-497 (con amplia bibliografía); J. Schmid, *El Evangelio de Mateo*, Herder, Barcelona 1967, 178-197; M. de Tuya, *Biblia Comentada. Mateo*. BAC, Madrid 1977, 132-151; L. Strack / P. Billerbeck, *Komm. zum NT aus Talmud und Midrasch I*, Beck, München 1974, 406-424.

Sobre el Padrenuestro en perspectiva exegética y teológica: J. Alonso, *Padrenuestro. Estudio exegético*, Sal Terrae, Santander 1954; J. Carmignac, *Recherches sur le 'Notre Père'*, Paris 1969; O. Cullmann, *Das Gebet im NT*, Mohr, Tübingen 1994; O. González de Cardedal, *Jesús de Nazaret, Aproximación a la Cristología*, BAC, Madrid 1975 (sobre el sentido de Dios como Padre págs 97-104); W. Marchel, *Abba, Père. La prière du Christ et des chrétiens*, AnBib, Roma 1971; S. Sabugal, *Abba'.. La oración del Señor*, BAC 467, Madrid 1985 (trabajo extenso y documentado -más de 700 págs- con abundante bibliografía); Id., *El Padrenuestro en la interpretación catequística antigua y moderna*, Sígueme, Salamanca 1982; H. Schürmann, *Padre Nuestro*, Sec. Trinitario, Salamanca 1982; N. Silanes, *El Padre*, Sec. Trinitario, Salamanca 1980; G. van den Bussche, *El Padrenuestro*, Bilbao 1963.

Trabajos especializados, con referencia especial a Mt 6,9-13: J. Alonso, *El problema literario del Padrenuestro*, EstBib 18 (1959) 63-75; J. Dupont y P. Bonnard, *Le Notre Père. Notes exégétiques*, Maison Dieu, 85 (1966) 7-35; P. Grelot, *La quatrième demande du 'Pater' et son arrière-plan sémitique*, NTS 25 (1978/9) 299-324; J. Jeremias, *El Padrenuestro en la exégesis actual*, en Id., *Abba. El mensaje central del NT*, Sígueme, Salamanca 1989, 215-235; Id., *Teología del NT I*, Sígueme, Salamanca 1985, 227-238; A. Ródenas, *Orar con Cristo*, Sec. Trinitario, Salamanca 1979, 51-132; J. Schlosser, *El Dios de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1995; J. M. R. Tillard, *La prière des chrétiens*, Lum Vie 75 (1965) 39-84.

un modo especial sus peticiones, desde el transfondo de las plegarias judías de aquel tiempo.

En su forma externa el Padrenuestro es (o podría ser) una oración judía. Ciertamente, entendido en clave mesiánica, al no hacer distinción entre los hombres (judíos y gentiles), aparece como *oración cristiana*, tanto por lo que pide (*Padre, reino, pan...* en su valor universal) cuanto por lo que calla (no alude a la Ley; no pide por el templo, por la ciudad de Jerusalén, por la tierra sagrada; no se refiere a la expiación ritual, ni a las tradiciones nacionales: alimentos, purificaciones, fiestas o mesías especiales...).

Todo es universal en las peticiones de esta oración de Jesús siendo, *al mismo tiempo muy judío o, mejor dicho, israelita*, pues dentro de Israel se pide de un modo especial por la santidad y el reino, pidiéndose también que se cumpla la voluntad salvadora de Dios y que exista pan, perdón y libertad

Otros textos de confesión o petición cristiana (como *Magnificat* de Lc 1,45-55 y el mismo *Mandato fundamental* de Mc 12,28-34) mantienen el recuerdo especial israelita, aunque se expandan al conjunto de la humanidad. Por el contrario, el Padrenuestro, fundándose en la base israelita, ha prescindido de toda referencia nacional. Cada una de sus peticiones podría ser judía por aislado, pero el conjunto no es judío sino humano. Aquí no se recuerdan ya temas judíos; no se pide por ninguno de los bienes "nacionales" (por el pueblo o por su templo, por el retorno del exilio o por el triunfo nacional israelita). Todo eso ha desaparecido ya: es como si Jesús utilizara los mejores elementos del tesoro israelita para construir una plegaria que ya no es judía, porque vale de igual forma para todos los humanos.

De esa forma ha construido Jesús (y su iglesia) una oración universal donde no existe ninguna plegaria egoísta, limitada a un solo grupo o pueblo. Esta es la oración del hombre necesitado, más allá de toda raza o religión. Pueden hacerla suya todos los que llaman a Dios Padre y

se sienten vinculados a su gracia, en gesto de apertura a todos los humanos. Así reza:

Mt 6,9	A		Padre nuestro, que estás en los cielos,
	B	a	santificado sea tu nombre,
10		b	venga tu Reino,
		c	hágase tu voluntad, como en el cielo también en la tierra.
11	C	a	Nuestro pan cotidiano, dánosle hoy;
12		b	y perdónanos nuestra deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.
13		c	y no nos hagas entrar en tentación, mas líbranos del mal (del Malo).

Hay una *invocación* introductoria (A), a la que siguen *dos grupos de peticiones* (B y C), cada una con tres miembros. *Las primeras* (B) están formuladas en imperativo personal: el sujeto de la acción debe ser Dios, como indican los dos pasivos divinos de Ba y Bc, aunque no se dice expresamente; el objeto deseado (*Nombre, Reino, Voluntad*) forma parte del misterio de Dios a quien los fieles piden que actúe ya y se exprese. *Las últimas* nos sitúan en el campo de las necesidades del hombre (*pan, perdón, libertad*); el orante emplea la segunda persona del imperativo, pidiendo a Dios de un modo directo (*danos, perdónanos, líbranos...*).

A) Invocación: ¡Padre nuestro! (6,9a). *El texto paralelo de Lc 11,2* es más sobrio y reza simplemente *Patêr ¡Padre!* A Jesús le basta así. Ha dejado a un lado los restantes títulos y nombres de Dios. Es como si no le interesara la aportación específica de Israel (Dios de patriarcas o templo, de Ley o pueblo) y quisiera resaltar sólo aquello que iguala a todos los humanos: *¡Padre!* Por situarse en un contexto más litúrgico, *Mt ha querido ampliar la invocación: ¡Padre nuestro que estás en los cielos!* Así se acerca a los modos de orar del judaísmo, pues resulta posible, aunque no frecuente, que palabras como estas

aparezcan en textos rabínicos (*'Abinu sebasamayim*: ¡Padre nuestro celestial...!). Estos son los rasgos propios del texto de Mt:

- *Padre*. No se dice "nuestro Dios, nuestro Padre", como en muchas oraciones rabínicas, ni tampoco "nuestro Padre, nuestro Rey", como en las *Dieciocho bendiciones* judías. Simplemente *Padre*, en actitud de confianza radical, en gesto de nuevo nacimiento. Es como si la historia anterior hubiera desaparecido o no hiciera falta: cada ser humano empieza desde Dios, está en manos de su Padre. Aquí no hay todavía petición.

- *Nuestro*. Los judíos tendían a interpretar esta palabra de un modo nacional (como si Dios fuera "nuestro", del pueblo israelita). Aquí no se resalta ese motivo e Israel ya no aparece en forma expresa. Jesús ha ido reuniendo en torno a su persona un grupo más extenso de "nosotros", centrado precisamente en las personas que antes estaban expulsadas del sistema sacral (cojos y mancos, marginados y leprosos, publicanos y pecadores). En unión con ellos ha querido que los otros vivan y eleven su plegaria. Como signo de una humanidad universal, centrada en los pobres, viene a expresarse aquí el *nosotros* de la oración de Jesús.

- *Que estás en los cielos*. El Dios judío de las *Dieciocho Bendiciones* estaba vinculado a la historia israelita: a patriarcas, pueblo, Ley, ciudad y templo. Este Dios de Jesús deja a un lado esas referencias. No es que las niegue, pero las toma como secundarias, mostrando a Dios como alguien que habita en el cielo, en un lugar que nadie puede monopolizar, abriendo desde allí un espacio de humanización universal.

El Dios al que invocan estas palabras está igualmente cerca de todos los humanos; por eso puede presentarse como Padre (lo más íntimo y gozoso) no sólo para aquellos que son hijos de Israel, sino para todos los humanos. *Es un Dios que está en los cielos*: desborda las fronteras del judaísmo y puede presentarse por igual para el conjunto de la humanidad.

B) *Peticiones indirectas. El misterio de Dios* (6, 9b-10). Se formulan con un imperativo pasivo (o activo intransitivo :Bb) en tercera persona. Es evidente que *el sujeto verdadero es Dios* a quien, de un modo velado y respetuoso, le pedimos que se manifieste y exprese como *Santidad, Voluntad salvadora y Reino* (presencia salvadora). *El texto paralelo de Lc 11,2* sólo alude a Santidad y Reino: estas dos notas condensan lo más íntimo de Dios. *La versión de Mt* incluye también su Voluntad y de esa forma aplica a la oración cristiana la palabra de Jesús en Getsemaní (que hemos visto ya en Mc 14,36; cf. Mt 26,42).
- *Santificado sea tu Nombre (hagiasthêto to onoma sou)*. Es un motivo tradicional del judaísmo. Ya Ez 36,23 pedía a Dios que *santifique su Nombre*, es decir, que se exprese como Santo, liberando y salvando a los judíos oprimidos bajo el orgullo e impureza de los hombres. También aquí se pide a Dios que ofrezca pan, perdón y libertad a los humanos. De todas formas, no podemos reducir el sentido del texto a lo social. *Santificar significa ofrecer reverencia, honrar, glorificar y alabar*. Eso es lo que hace aquí Jesús: reconoce el misterio de su Padre Dios y le santifica en forma condensada (sin la retórica de Mt 11,25).

Nombre es la identidad personal: lo más propio de Dios, aquello que le define. Sucede a veces que, al asumir esta petición (¡Padre!... *santifica tu Nombre*), nos olvidamos del sujeto y tratamos a Dios como puro Rey Señor, como si el término Padre fuera cosa secundaria que no influye, ni define su esencia divina. Pues bien, con esta fórmula pedimos al mismo Padre Dios que santifique su Nombre paterno (y materno). Pedir significa descubrir el abismo de la santidad de Dios, suplicando a Dios que la expresa y comprometiéndonos a cultivarla desde nuestra propia perspectiva, con nuestras propias posibilidades.

- *Venga tu reino (elthetô hê basileia sou)*. La relación entre Santidad y Reino es conocida en la literatura judía: lo que para Dios es *Santidad* viene a desvelarse como *Reino* en referencia a los humanos. El Dios de Is 6 es *Santo y Rey*. También aquí se unen santidad y reino, en perspectiva escatológica: a la palabra fundante del mensaje

de Jesús ¡*llega el reino!* (cf. Mt 4,17) responde la plegaria ansiosa del que clama: ¡*venga tu reino!*

- *El reino pertenece al Padre.* Es don de un Dios que nos ama en cercanía, no conquista de un rey que vence por las armas; no es botín de un guerrero, sino gracia y don de un Padre. Por eso lo pedimos.

- *Venga "tu" Reino.* Pedimos que llegue el reinado de Dios Padre: que se despliegue su paternidad, que triunfe su amor cercano y fuerte.

El mismo *Yahvé/Kyrios* se hace *Padre*, en símbolo universal y poderoso, que incluye de algún modo las figuras humanas del padre y de la madre. *No es un padre/rey, patriarca impositivo* que triunfa con violencia; *no es un padre/nacional* que protege los intereses de un determinado grupo. *Es Padre que da vida a todos los humanos: de su gracia nacemos; en su fuerte amor nos sustentamos.* Por eso pedimos que actúe, en palabra y gesto que expresan en forma orante (de petición comprometida) lo que expresa en otro plano el mensaje del Cristo: *¡buscad primero el reino y su justicia y todas estas cosas (comida, vestidos) se os darán por añadidura!* (Mt 6,33).

- *Hágase tu Voluntad, como en el cielo también en la tierra (genethêto to thelêma sou...).* Posiblemente no era necesaria esta petición (que no aparece en Lc 11,2), pues se encuentra incluida en las dos anteriores, pero es hermoso que haya sido explicitada.

- *Nos enraíza en el principio de la creación.* La primera palabra de Dios conforme a los LXX es *genêthêto* (hágase); así afirma *Yahvé* y su palabra crea todo lo que existe. Ahora el que dice *genêthêto* es el mismo ser humano, situado por Jesús en el centro del proceso creador: eleva su plegaria, se dirige a Dios con fuerza y pide ¡haz, actúa según eres!

- *Nos abre a la totalidad.* Sobre el fondo ya indicado de Gn 1,1 resulta clara la referencia a cielo y tierra (*ton ouraron kai tèn*

gen) como totalidad. En nuestro caso el cielo tiene preeminencia: allí se cumple ya la voluntad de Dios, que ha de cumplirse también sobre la tierra.

- *Nos conduce a la intimidad del Padre.* Existen diversos tipos de *thelêma* o voluntad, como sabe Jn 1,13, pero, en perspectiva de NT, la voluntad fundante es la de Dios. Por eso, la tarea principal del cristiano está en cumplirla (cf. Mt 7,21; 12, 50; 21,31), poniendo su vida en las manos del Padre.

Conforme a esta palabra central de petición, que condensa y configura todas las posibles peticiones de los hombres, orar implica dejar que Dios actúe como Padre: es ponerse en sus manos, como niño en el regazo de la madre, como ser maduro en brazos del amigo. Entendido de un modo pasivo, el *¡hágase!* sería fatalismo: abdicar de la propia responsabilidad, derrumbarse por dentro y dejar que la existencia navegue a la deriva, de tal forma que otros marquen rumbo. No es así como la entiende el evangelio, a partir del texto ya estudiado de Getsemaní (Mc 14,36; cf. Mt 26, 42).

- Hay *una madurez solitaria* que consiste en fiarse solamente de la propia voluntad: esta es la actitud de aquellos que quieren imponerse siempre, que no saben acoger, ni escuchar, ni confiarse en otros, para que potencien su propia voluntad de un modo libre. Los que así piensan suelen terminar destruyéndose a sí mismos e imponiendo a los demás su propio potencial de represiones.

- Hay, por el contrario, *una madurez solidaria y compartida* que consiste en confiar en los demás, colaborando con ellos. En esta línea es necesaria la petición: tenemos que presentar ante los demás (especialmente ante Dios) nuestras necesidades, en gesto de diálogo amistoso, confiado, comprometido. Pedir significa buscar ayuda en los demás, es dialogar con ellos, en un camino en que buscamos juntos la voluntad de Dios.

C) *Peticiones directas: las necesidades de los hombres (9, 11-11)*. Dejamos el pasivo indirecto o imperativo impersonal de las plegarias anteriores y pedimos directamente: *danos, perdónanos, libranos...* Del hondo misterio de Dios (centrado en Santidad, Reino y Voluntad) pasamos al campo de las necesidades básicas (*pan, perdón, libertad*). La plegaria sigue siendo *profundamente israelita*, es decir, enraizada en los problemas concretos de la vida, no en misterios de espiritualidad intimista (oración, santidad, dones divinos...). Pero al mismo tiempo ella *transciende el campo más normal del judaísmo*: no pide por el pueblo o por su templo, no ruega por Sión y su Mesías.

Los grandes temas del judaísmo histórico desaparecen y lo que aquí se pide pertenece sin más al ser humano sin distinción de razas o naciones. *También los judíos* se ocupan del pan, perdón y libertad... Pero luego piden por Sión e Israel. *Jesús, en cambio, evita esos problemas nacionales*: no pide por el restablecimiento del pueblo; no le interesan las instituciones israelitas. En su oración sólo importan los humanos en cuanto tales. Todos se encuentran ahora vinculados en una misma necesidad material y espiritual y humana. Por todos ellos eleva su plegaria.

- *Nuestro pan cotidiano hoy (ton arton hêmon...)*. Del *Padre nuestro* pasamos al *pan nuestro*, es decir, al alimento compartido. El primer signo de Dios no es la Ley, Torah de Israel, sino el pan universal. Hemos vuelto al origen de la creación (Gen 1-3), más allá de los códigos sacrales y legales de tipo particularista.

- *Perdónanos nuestras deudas...* (*aphes hêmin ta opehilêmata hêmôn...*). Del pan pasamos a la *paz*, entendida como solidaridad social. Supone la oración que hay *deudas* en la vida, que han surgido problemas con Dios. Conforme a una exigencia de justicia conmutativa, el hombre debería devolver a Dios sus deudas. Pero *el Dios del Padrenuestro* no es acreedor, ni tampoco juez. Es Padre y, como tal, perdona, vinculando amor de Dios y perdón entre los hombres. Frente

a una sociedad de penitentes (que podría estar fundada en Juan Bautista: Mc 1,4-5) surge ahora la *comunidad de perdonados*.

- *Dios perdona por sí mismo* antes de toda *metanoia* o conversión humana, sin necesidad de un ritual de sacrificios (como en Lev 16). Así se manifiesta como Padre, por encima de toda Ley del mundo.

- *Perdona nuestras deudas (opheilêmata)*. Pedimos a Dios que no imponga su Ley, es decir, que no utilice con nosotros la medida del talión. En contra de Dn 7,10, pedimos a Dios que no utilice el libro: que no exija nada a los humanos.

- *Como nosotros perdonamos...* Pasan a segundo lugar o se suprimen los códigos de tipo religioso, alimenticio, nacional; lo único que importa es el perdón, es decir, la posibilidad de convivencia gratuita entre los hombres.

Llevada hasta el final, esta petición de perdón iguala a judíos y gentiles, a creyentes e increyentes, a religiosos y no religiosos. *Si Dios no pide nada, ¿para qué valen los ritos? Si pedimos que perdone todo, ¿para qué sirven sus leyes?* Es normal que los judíos, fieles a su tradición particular y a los valores distintivos de su pueblo, hayan sentido inquietud ante el Dios del Padre nuestro.

- *Y no nos hagas entrar en la tentación...* Es difícil traducir el texto. Si el *mê eisenenkês* se tomase en forma activa (diciendo al Padre que no nos introduzca en tentación), lo normal sería que Dios nos tentara, como hizo en el principio (Gen 2-3); pues bien, nosotros, débiles humanos, le pedimos que no ponga a prueba nuestra vida, que nos evite el *peirasmos* o *tribulación final*. En el fondo pediríamos a Dios que nos libere del gran cáliz que Jesús bebió en la hora de su prueba (como hemos visto en Mc 10,38; 14,36). Pero el texto se puede interpretar en clave permisiva (*no nos introduzcas, no nos hagas caer en tentación*), suponiendo así que existe tentación, que debe darse prueba; pero el Padre puede y quiere ayudarnos; por eso le pedimos que no nos abandone ni rechace en medio de ella. Posiblemente las dos traducciones resultan semejantes.

El hecho de que Dios sea Padre no significa que nos deje sin riesgos. El riesgo existe, es fuerte. Por eso no podemos hacernos los valientes, confiando en vencer todas las pruebas. Por eso, *la oración que Jesús ha enseñado a sus creyentes, siguiendo su propio modelo (Mc 14,32-42) es petición que brota del mismo fondo de nuestra debilidad*, es súplica de hijos que se saben pobres y pequeños; plegaria de aquellos que piden ayuda a su Padre en medio de la prueba o *peirasmos* escatológico.

De esta forma vinculamos petición de Jesús (Getsemaní) y petición de los cristianos (Padrenuestro). En esta misma línea se sitúa la segunda parte de esta tercera petición: *mas líbranos del mal* (o del *Malo*, si *Ponerós* es masculino personal). La primera necesidad era pan; la segunda paz; la tercera libertad respecto al mal o Malo.

Desde este fondo, bien fundada en la oración de la historia de Jesús (Bautismo, Getsemaní), debe entenderse la oración del cristianismo. Los creyentes se atreven a entender y practicar (a orar y cumplir) el Padrenuestro en perspectiva universal, interpretando su vida misma como petición, deseo fuerte de que se despliegue la santidad de Dios, de que llegue el reino, de que la voluntad del Padre pueda cumplirse sobre el mundo. Necesitamos, somos pobres; por eso pedimos, en gesto de solidaridad, buscando el pan y el perdón para todos los humanos. Necesitamos, somos débiles al fin y muy frágiles; por eso, desde el fondo de nuestra misma debilidad invocamos a Dios y le llamamos diciéndole que nos ayude a mantenernos firmes en medio de la tentación.

En diálogo con Dios tiene sentido la oración de petición; en diálogo de amor, de escucha y de respuesta con los hombres, viene a culminar y a realizarse plenamente. Así lo hemos podido descubrir en estas breves reflexiones.